

RESEÑAS

ACOT, PASCAL.

Introducción a la ecología. Edit. Nueva Imagen. México, 1978; 151 PP.

El mejor ecólogo, indudablemente es el individuo que sin constricciones ni amenazas utiliza y preserva los satisfactores naturales de su existencia sin degradar el medio ambiente. Un sano intercambio de actividades con la naturaleza nos permite producir y reproducir adecuadamente nuestras formas de vida individual y colectiva. Estamos obligados a ello por nuestra índole de seres inteligentes, pero alimentarse nutritivamente, respirar un aire sano, cambiar de paisaje para el gozo de nuestros sentidos o para la restauración de nuestra salud física y espiritual –en esta época industrializada y tecnológica- es un asunto que linda en la opción, en una relativa libertad de elegir. Sin embargo, ni las necesidades naturales, ni las opciones que podemos tomar están exentas de constricción. Nos vemos obligados a elegir lo malo de lo malo y la calidad sin calidad.

Cada día se hace más difícil encontrar alimentos liberados de contaminación, aire limpio que purifique nuestros pulmones y oxigene el cerebro o paisajes que afirmen la alegría de vivir. Por todas partes, en este planeta suicidante, crecen la mancha tóxica, la lepra de los árboles, el envenenamiento del agua, el mal de las piedras o la muerte aceitosa. Ante este cuadro el ecólogo natural que llevamos dentro, con los ojos irritados, el estómago deprimido y la garganta castigada, se revela en la protesta de su piel ulcerada, de los pulmones destruidos, del cáncer multiforme y de la inteligencia mermada. La ruina ecológica del planeta degrada todas las formas de nuestra esfera de acción biológica alterando nuestras funciones genéticas y nuestras actividades psíquicas hasta hacernos “enfermos de época”, incurable síndrome, a menos que se detengan y erradiquen las prácticas nocivas del frenesí tecnológico, alentado por las empresas transnacionales que buscan su máximo beneficio económico. Para detener esta destrucción de la naturaleza y de la vida, podemos valemos de una ciencia útil: la ecología.

Mas, ¿qué es la ecología? ¿Una otra ciencia oculta que se agrega al inventario de conocimientos “esoterizados” por un lenguaje de brujos o genio? Pascal Acot escribió un pequeño libro (L’ecologie, Presses Universitaires de France, París 1977) que, vertido al español y publicado por Nueva Imagen (México 1978) bajo el título de Introducción a la Ecología, adquiere una dimensión mayor para un público, académico o no, que cuando lee algo de esta materia, se encuentra perplejo ante el vocabulario, el razonamiento y la descripción de los “especialistas”. La ecología, en manos de éstos, da la impresión de ser una empresa y un conocimiento que, para acometerlos, requieren, aparentemente, de recursos millonarios que están en manos de los grandes países desarrollados. Esta visión cae por su base cuando se lee el libro que motiva esta reseña. Acot, en una síntesis admirable por su concisión, explica la formación de esta “ciencia multidisciplinaria” (pp. 15-22) bautizada con el nombre de “ecología” por Haeckel en 1866. En su aproximación histórica destaca la importancia de las técnicas y ciencias afines, la extensión de la ecología y sus aplicaciones ineludiblemente políticas, en las cuales los partidos políticos, apoyados en una ideología “ecologista”, “profundizaron estas cuestiones y comenzaron a organizar las luchas, o decidieron la creación de secretarías de Estado, o incluso ministerios encargados objetivamente (¡Oh, qué necesario!) de verificar, de tranquilizar a la opinión pública preparándola para futuras degradaciones” (p. 21).

El capítulo 1, bajo el rubro de “La tendencia al equilibrio de las comunidades de organismos vivientes”, informa sobre el dominio material de la ecología y sobre los conceptos fundamentales de esta disciplina, fincando su desarrollo no sólo en la explicación del autor (escrito en cursivas), sino, ante todo, en una selección de párrafos escritos por otros. Esta selección es altamente ilustrativo porque nos hace conocer diferentes puntos de vista sin apartar la atención del tema. Esta característica está presente en toda la extensión del libro, dándole a la obra el carácter de una verdadera introducción destinada a lectores con distintos niveles de información. Los conceptos de biociencia, ecosistema, biogeocenosis, homeostasis, polución y biocenosis clímax, dejan de ser inaccesibles, pierden su carga de misterio lingüístico y adquieren transparencia semántica para que los ígnaros (como yo) podamos comprender un lenguaje forjado por una ciencia contemporánea afectada de nostalgia por la “naturaleza original, estropeada por culpa de cada uno de nosotros, exiliados de este paraíso perdido que degradamos cada día”.

Acot amplía la importancia del libro en el desarrollo del segundo capítulo, “Dinámica y gestión de las poblaciones”, capítulo que responde a la necesidad de relacionar lo abstracto con lo concreto, el conocimiento teórico con la realidad que genera la formación de categorías ecológicas. La dinámica y gestión de las poblaciones no es un concepto abstracto sino el proceso que determina las variaciones de abundancia de los organismos y también “las interrelaciones huésped-paraíso y presa-depredador que suministra una parte de sus bases teóricas a la lucha biológica: se sabe que la lucha biológica es el control de un viviente por otro viviente” (p. 37). Este capítulo se enriquece con el desarrollo que el autor hace de las pululaciones, las variaciones bruscas, las variaciones cíclicas y la gestión de las poblaciones explotadas, temas que se sustentan en la transcripción de connotados ecólogos, como R. Dajoz, quien señala que “los estudios relativos a la dinámica de las poblaciones y a su control se han dirigido sobre todo a las especies que tienen interés primordial para el hombre y que pueden clasificarse en cuatro grupos: 1) las especies perjudiciales para las cosechas (devastadoras, conductoras de enfermedades), para los animales domésticos (conductores, parásitos) y para el hombre mismo; 2) las especies aptas para la caza y las recogidas por la pesca que, aunque no domesticadas, procuren recursos alimentarlos importantes o tengan un gran valor económico, 3) las especies protegidas por razones estéticas o científicas; 4) finalmente, el hombre mismo”. El mismo autor señala que “la ciencia de la dinámica de las poblaciones, no obstante la gran cantidad de datos precisos de los que dispone, se encuentra todavía en un estado de incerteza en muchos casos” (pp. 40-42).

Con el capítulo III, que trata de las degradaciones y destrucciones de ecosistemas, el trabajo descriptivo de Acot asume caracteres de denuncia. Al plantear estos asuntos, el autor advierte: “... poner sobre un mismo plano de responsabilidad, en nombre de la Humanidad abstracta, a las grandes empresas transnacionales poluentes que a las amas de casa que utilizan detergentes, es hacerse objetivamente cómplice de los primeros” (p. 53). Al señalar pseudosoluciones para detener la degradación de los ecosistemas, Acot critica lo que se hace en las ciudades que tienen economía de mercado: “... se constata que en el cuadro de las sociedades capitalistas las medidas antipolución sólo aparecen bastante seguidas en tres casos: 1) (el más caro) bajo la presión de protestas directas del público; 2) (por temor al primer caso) cuando la coyuntura permite al empleador del dispositivo un beneficio incrementado por un alza atinada del precio de venta del producto que él negocia; 3) (igual motivo que el anterior) cuando para el juego de subvenciones del Estado, la instalación de tal dispositivo le cuesta poco... La ‘antipolución’ se convierte en un negocio lucrativo: en los Estados Unidos grandes compañías como Exxon o Coca Cola, invierten en ese rubro desde hace algunos años” (p. 54).

Se habla de suicidio de la humanidad, cuando “la biósfera, saturada de veneno, gigantesca esponja impregnada de DDT, de mercurio, de plomo, bañando una atmósfera irrespirable, pobre en oxígeno O₂, rica en SO₂, NO₂, CO₂ (compuestos letales de Azufre, Nitrógeno y Carbono), no permitirá la vida de los humanos” (p. 55). Esta situación, agravada por su aspecto toxicológico, “justifica el desarrollo de una nueva ciencia: la química ecológica, o estudio racional de las poluciones”. A éstas, por su especificidad química, el autor las clasifica en poluciones atmosféricas, terrestres, de las aguas dulces, de los océanos. Después de referirse a numerosas fuentes de polución comenta el uso de pesticidas (fungicidas, insecticidas) y herbicidas dedicando especial atención a uno de sus componentes, el DDT, producto de tan nocivos efectos que, en los hechos, degrada y destruye la vida vegetal y animal (p. 71).

El cuadro que ofrece el mundo industrializado no es nada atractivo. El veneno, la intoxicación, la degradación de todas las formas de vida están presentes en todos los escenarios naturales y urbanos sin que asomen en su horizonte soluciones racionales y efectivas. Los grandes negocios de gigantes empresas son más poderosos que la vida del planeta y que el destino de la humanidad, amenazado hoy más que nunca por una nueva forma de polución: la radiactiva.

La síntesis descriptiva de este capítulo abarca la explicación del ecocidio en Viet Nam, donde “los militares norteamericanos han utilizado a sabiendas todos los recursos de la ciencia ecológica para dirigir la guerra química en ese pequeño país” (p. 79). La ironía del autor acentúa este hecho señalando: “La tecnología de guerra ha hecho grandes progresos gracias, por una parte, a las condiciones muy variadas y muy reales en las que las experiencias han sido orientadas. Nadie puede dudar de que los investigadores militares norteamericanos en Viet Nam hayan recogido a costa de la Tierra y de poblaciones enteras ‘preciosas informaciones’ que guiarán ¡es de esperar! otros ‘interesantes estudios’, ‘otras experiencias’ “ (p. 84).

En el capítulo IV Acot aborda el tema fundamental de la ecología: la defensa y protección de los ecosistemas, actividad que se establece en dos frentes de lucha: el de las poluciones industriales que tiene carácter político, y el de las agresiones naturales que competen principalmente a la entomología aplicada” (p. 85). En el aspecto político la degradación rápida del ambiente natural y el alza tendencial de los índices de polución constituyen preocupaciones constantes. S. C. Quinn y Ph. Herzog, en la transcripción que de ellos se hace en el libro de Acot, sostienen que “las poluciones están de moda, pero se trata de una moda sospechosa. . . Las poluciones no son, en efecto, una calamidad sin motivo. Acusar al progreso técnico, es designar una abstracción a la conducta pública, pero es también desviar la atención del la verdadera cuestión: ¿Quién dirige la producción, en qué condiciones y bajo la responsabilidad de quién son aplicadas las nuevas técnicas?” Con la degradación rápida del ambiente natural en los países capitalistas avanzados, “todos los ríos están poluídos en diversos grados. El agua que cada uno bebe es el agua eloacal de algún otro. Cada metro cúbico contiene de 50 a 100 gramos” (p. 86). “Los grandes grupos capitalistas pretextan los rigores de la competencia la estrechez de su margen de ganancia, para arrojar sobre el conjunto de la población el costo de la lucha contra la polución” (p. 88).

Commoner, investigador norteamericano, en la misma obra indica que la polución del medio ambiente se enlaza de dos maneras distintas al sistema económico de la libre empresa privada: el reemplazo de antiguas tecnologías de producción y el costo de la degradación del ambiente, cuyo precio paga la sociedad. “Las medidas de control de la polución aumentarán en millones de dólares los costos industriales de la producción y estos gastos adicionales vendrán a agregarse a los precios de reventa y de venta sin crecimiento de la productividad” (p. 92).

Aunque los hechos demuestran que la polución y la degradación del medio ambiente constituyen casi una regla del capitalismo avanzado, el socialismo tampoco ha resuelto automáticamente esta cuestión, “pero en ese marco político-económico, dice Acot, el obstáculo mayor de la ganancia a toda costa está superado: si bien una serie de decretos no resuelven nada inmediatamente, las condiciones de aplicación de las medidas que contienen son, sin embargo, infinitamente más favorables que en nuestros sistemas” (p. 94).

La segunda parte de este capítulo trata de la entoniología aplicada y de la agroecología, es decir, la lucha entre los insectos dañinos y la protección de la agricultura. Balackowski, en uno de sus trabajos parcialmente transcritos en el libro de Acot, afirma que “de todas las ciencias aplicadas a la agricultura, la entomología es sin duda la que más rápidamente ha progresado en el transcurso del último cuarto de siglo”. Luego agrega.- “la lucha contra los insectos perjudiciales se ha convertido en una necesidad económica, imperiosa para todos los países, cualquiera sea su grado de evolución científica”, puesto que “la lucha contra el insecto significa, en primer lugar, la lucha contra la carencia, y aun contra el hambre” (p 100). Después de relatar acciones emprendidas en distintos países, el autor explica en forma concisa los métodos modernos de esterilización, de inapetencia, de estímulo de reacciones psíquicas, de emisiones sonoras, entre otros, con que se neutraliza la reproducción sexual de los insectos o se podría llevar a la práctica la aniquilación de ciertas especies.

Para la entomología y la ecología tienen particular interés tanto la clasificación de insectos y las diferentes formas de lucha microbiológica, como los resultados obtenidos y las investigaciones en proceso, aspectos en los cuales el libro de Acot juega un papel orientador y estimulante.

En sus conclusiones el autor afirma: “Poderoso instrumento de conocimiento del ambiente, de su evolución y de sus interacciones, la ecología es una ciencia cuyas aplicaciones pueden ser de una extraordinaria eficacia... No obstante, los ecólogos saben bien que sólo se trata de un comienzo. La teoría de los ecosistemas en sus relaciones con la gestión de las poblaciones explotadas; la entomología médica y veterinaria en sus relaciones con la biocenótica; la entomología aplicada en sus relaciones con la agroecología y las técnicas biológicas de lucha contra ciertas poluciones industriales y agroindustriales, representan apenas terrenos desbrozados pero de los que se puede entrever aquí y ahora, su extrema fecundidad” (p. 139).

De los aspectos políticos que conlleva esta ciencia, el autor señala que “las ideas ecológicas se han apoderado de las más amplias masas y que se transforman, según una expresión actualmente consagrada, en fuerzas materiales, por intermedio de numerosas organizaciones, claramente políticas o no, que las adoptan”. Es precisamente en este punto -agrega- donde convergen la cuestión de las relaciones de la ciencia ecológica y lo que se podría llamar la ecología política. La gran repercusión que tienen algunos trabajos entre la población hace actualmente de la ecología una ciencia de la cual un gran número de aspectos son considerados como subversivos” (pp 140-141).

“El desarrollo de la ecología -dice Acot- pasa por líneas de acción que corresponden al dominio político en un marco tanto nacional como internacional y por ello, no es demasiado tarde para participar en la lucha por el desarrollo de la ciencia ecológica y por la defensa del ambiente para ‘vivir mejor y no sufrir más’ porque así asumirnos ‘la función más elevada de un ser vivo; luchar para asegurar la supervivencia de su especie” (p. 142).

En resumen, este libro ha sido escrito para leerlo con agrado y provecho y que -si me es permitida una expresión osada- podría formar parte de una “ecología del espíritu”, tan necesaria para construir un mundo nuevo en un planeta roído y corroído por la búsqueda del máximo beneficio, ley económica, cruel pero transitoria, establecida por un sistema que ha puesto en peligro la salud, la alegría y la esperanza de vivir, derechos transhistóricos a los que no pueden renunciar miles de millones de hombres,

MARIO MIRANDA PACHECO.